

I

AL DÍA SIGUIENTE DE SEDÁN

Está bien. Enjugaos.

Francia, Prusia, lavad, tú tu oprobio, tú tu gloria. Cada una tenéis un sonrojo en la frente; sobre tí, Francia, la espesa vergüenza; y sobre tí, Prusia, la índole de tu victoria.—César, ¿qué propina quieres?—Quinientos mil millones.—Queda hecho, métetelos en el bolsillo.

Honor, virtud, pudor, fraternidad, probidad; ¡pasad, sombras!

El porvenir curioso vendrá á ver esos escombros que se llamaban un tiempo justicia, derecho, razón. ¡Cómo crece la grama! ¡Cuán pronto prosperan la traición, la conquista, el robo, el homicidio y las rapiñas, y cuán fecundas son en espinas, en noche obscura, en horror sobre el templo derribado! ¡Cómo un rey cubierto de oro, de púrpura y de odio encorva y dobla á su gusto la más altiva raza, y cuán fácil es á los emperadores hacer su esclavo de un pueblo y de un león su perro! Sed ruso, inglés, austriaco; sed el gallo, sed el águila, sed el cisne, vuestro amo os sujeta, y no ha de hacer más que una seña para que de vosotros, pueblo destruído, no queden más que aves de presa y aves de noche. ¡Erais Alemania y sois Prusia! ¡Ah!

Si existiera, para comparecer yo ante él, un tribu-

nal de reyes, altivo, augusto, repulsivo, presidido por tu espectro, oh negro Felipe II; un areópago sombrío donde estuviera sentado Tiberio, yo diría: ¿Es ahí donde delibera Satán? Y entraría. ¿Por qué? Para decirles esto:

—Yo que aquí os hablo, no soy más que uno que pasa. Pero miradme bien todos vosotros, césares de Roma, dueños del mundo, reyes, papas; soy un hombre. Lo que yo quiero vengo á gritároslo: Quiero la paz para nosotros, para vosotros, para nuestros últimos nietos. Quiero lo verdadero, lo bello, la fraternidad. El alma de Dios mismo, el amor, ese destello, esa llama formidable que ilumina el bien, que abrasa el mal, que lo deslumbra todo, así al animal como al hombre, que derrama la verdad, la dulzura, la clemencia y visible en lo más alto de los cielos en la sombra inmensa. Quiero abrir de nuevo el edén á todos los grandes deseos; quiero la verdad, la justicia, y odio á los bellacos, á los tiranos, á los traidores, á los tráfugas; y yo soy el acusado, puesto que vosotros sois los jueces.

II

Á UNOS REGIMIENTOS DESALENTADOS

¡Oh pobres soldados nuestros!; sí, habéis cedido. Antes que este sagrado París os sea franqueado; antes que nuestra Francia augusta esté salvada; antes que el águila haya puesto á salvo su nidada, vosotros habéis dicho: ¡abajo la guerra, ciudadanos! Y nosotros, que bajo la bomba y bajo los vizcaíños luchábamos

como vosotros, dispuestos á las más terribles tareas, os hemos gritado indignados: ¡Callaos, cobardes!

Pues bien, fuimos injustos, sois unos valientes.

¡Ay! Tener chambelanes por generales y por jefes criados y por amos fámulos, es demasiado, y vosotros habéis sufrido los días siniestrós; fuisteis enviados ante la afrenta; combatisteis para ser fulminados; visteis como se desmorona una gloria destruída y aprendisteis el camino de la fuga. ¡Oh dolor! ¡Vosotros, los hijos de aquellos para quienes tronó Austerlitz y resplandeció Jena!

¡Ah oscuros corazones hechos pedazos y llenos de amargura! ¡Esperad, oh vencidos! No es la costumbre de Francia tener la frente inclinada largo tiempo. Después de Blenheim, después de Rosbach, caímos; pero volvimos á levantarnos en Ulm y Arcola. Sufrid la desgracia como se sufre la escuela; alimentad la áspera ira de los corazones humillados. ¡Sea! Por un instante, hijos de Francia, cedéis ¡ay! y retrocedéis un paso; pero no volveréis á nuestra antigua gloria y á nuestros antiguos caminos sino con el alma más altiva.

También desfallecían los grandes soldados romanos; y cuando César pasaba, aquellos descontentos épicos le pedían la paz bajando las picas, lo cual no impedía, y sin embargo lo olvidamos, que aquellos hombres se batieran como leones, y que los pueblos tuvieran por aquellos legionarios el culto de espanto que se tiene por los truenos. Sí; á veces, cuando el aliento romano se interrumpía, los bárbaros tenían un momento de reposo; y se reía al ver que volvían á las ciudades los viejos hastati, cansados y blancos,

y los pupilos cuyo rostro tenía apenas un bozo rubio; pero pronto aquel ejército, en quien Roma vivía, se cubría de nuevo con su coraza y entraba en campaña, y en todas partes, en Dacia, en Frigia, en España, los reyes se echaban á temblar cuando el viento les llevaba el ruido de su marcha hacia adelante.

París, 8 enero 1871.

III

ANTE LA COLUMNA DESTRUÍDA

★

Cuando la gigante hubo caído, se acercaron.

Si algún rey de Egipto, un kedive, un bajá derribaba la impura pilastra de Cleopatra, buena para dar al pastor un poco de sombra al medio día, se diría ¡barbarie! Y se tendría razón. Así, pues, aquel trofeo era sublime en el horizonte; tenía el aspecto de un faro iluminando una costa; las ciudades del prodigio y del sueño, Nínive, Menfis, hecha por Menes; Sarda, donde reinó Ciro; Sarepta, llena de tantos hombres desaparecidos; Jericó, Palenque, Sofala, Babilonia, no tenían nada más hermoso que aquella áspera columna. Aquel cipo triunfal, al que respetó un siglo, borraba por entero el obelisco de Elefanta, el jalón de Bisancio en el fondo del hipódromo y el pilar de Tebas y el pilar de Roma.

Aquella columna, siendo forjada con cañones tomados á los reyes, estaba llena de voz; se oía al pue-

blo hacer ruido en aquel bronce; y nosotros no teníamos el derecho de destruirla, porque nuestros padres la habían construido para nuestros hijos. Dando cara á todos los desafíos, representaba la revolución de Europa, esbozada por su vertiginosa y rápida cabalgata, y el espíritu de Fleurus cerniéndose sobre Austerlitz y nuestras banderas con rayos de luz en sus pliegues. Al ver en la plaza la augusta espiral de toda aquella enorme y sideral gloria, y aquel negro torbellino de fantasmas, torcido, fijo y petrificado bajo el viento sin dirección, se pensaba. Parecía que la alta humareda, salida revoloteando de aquel fiero ejército, bajo el cielo tempestuoso y sereno, no había querido disiparse y se había hecho bronce.

★

Parecida al segador que pisa las gavillas maduras, aquella columna tenía por zócalo un montón de armaduras. Ofendía á los reyes y no á las naciones. Ella fijaba el punto de donde partieron nuestros padres, á fin de que se pudiera juzgar los pasos que nosotros dábamos; indicaba el lugar de donde se retiran las olas y añadía los días antiguos á los días nuevos; después de los grandes soldados, ¡plaza á los grandes ciudadanos! En París, que el sueño inunda, era como una estela en medio de este cuadrante del mundo y su sombra marcaba en él las horas del progreso.

Los reyes no se atrevían á ir á mirarla de cerca

Ayer cayó la gran solitaria. Cuando se la vió en el suelo, se pudo medir todo lo que se puede quitar de orgullo en un instante al siglo más oscuro y al más refulgente.

★

Los que pegaron su oído á sus restos oyeron en la sombra un rumor semejante al Océano cuando habla y se queja á los cielos.

Ved lo que decía aquel ruido misterioso.

—Os habéis equivocado como se equivocaba Roma. Lo que habéis tomado por la gloria de un hombre es la gloria de un pueblo, y es la vuestra, ¡ay! Pueblo, ¿cuáles son mis culpas? De los tronos resplandecientes, de la Europa trabajada por la Francia en todas direcciones, de la batalla acabada en vasta liberación, de Edad media muerta, de los prejuicios prosocritos, ¿de qué me acusáis? ¿De la sangre, el llanto, los gritos, los lutos y los aletazos demasiado grandes de las victorias, de ser una cima donde luce el relámpago de las noches negras, de vivir y atestiguar que vuestros padres pusieron su alma en el acero de los cañones enemigos? Mi crimen es la lucha altiva de las espadas, el choque de los escuadrones, las corazas abolladas, las escalas contra el muro, los clarines, los asaltos. Los leones son odiados de todos los leoncillos; vuestra infancia no ha podido soportar mi vejez; sea. Parto con Ulm y Wagram. Os dejo con Sedán. Adiós, molesto. Me voy. Aun prefiero ¡ay! mi guerra que vuestra paz.

IV

La gran República tiene garras fatales. ¡Ay de los que, sin ser los verdaderos machos, sin ser los esposos reales y serios, quisieren hacer aceptar á la ruda

hembra, en el fondo de los bosques misteriosos, su falsa virilidad. Palas preguntaría en qué se mete Davo; la gigante sería poco tierna con el mirmidón si él se atreviera á intentar un instante de abandono; la altiva uña podría muy bien maltratar aquella nuca; no es sin peligro que á veces una peluca, aún cuando tenga un aspecto salvaje y ásperas espesuras, toma aires de melena á los ojos de los conocedores; no aconsejo al señor Scapiglione que haga el león junto á la leona.

París, 17 octubre 1871.

V

DESPUÉS DEL DERRUMBAMIENTO DEL HOMBRE

Para vengar el pasado, para salvar el porvenir, oh pueblo, he sentido que debía castigar á un hombre y que era preciso castigar una cabeza; y yo, que he llevado la tempestad en mi garra, cuando la justicia de temible y sagrada frente me ha dicho: ¡Fulmina, amigo!, he dicho: Lo haré. Sea. Porque no son las águilas, por lo general, que se niegan á coger un trueno con su garra. Y he luchado. Aquel amo estaba allá bajo su dosel, y yo le combatía y le miraba. Todo lo tenía para sí, desde el Volga al Tíber, todo, la Alemania esclava y la Inglaterra libre; yo le hacía la guerra á través de esta paz; y la multitud á sus piés, mientras yo hería, se admiraba de que alguien se atreviera á permanecer honrado, habiéndose convertido la ignominia en una fiesta. Yo, único desterrado á la orilla de los mares, odiado de todos, tanto más indignado cuanto más era absuelto, ¡oh Guernesey!,

en pie sobre tus altivas colinas, le arrojaba desde lo alto sibilinas hojas; los vientos se las llevaban, sombra, nublado, afrenta; y cuando pasaban por encima de su frente, salía de ellos un verso parecido al rayo.

Pero ahora que el hombre infame está en el polvo, que está en el suelo, espantoso, yacente, y que veo como su nombre hace estremecer doquiera todas las voces, y como andan los transeuntes por encima del César miserable, deja sitio, áspera justicia, al venerable perdón; ó cuando menos, si perdonar es demasiado, permite que mi encendida cólera permanezca en las cumbres, y no descienda á herir á ese cadáver. Déjame volver hacia todo lo que me lacera, hacia los que ahora son poderosos y hacen inclinar á la Francia al borde de la caída sin fondo. Yo luché ¡oh Verdad!, pero nunca remato. El corazón perseverante no es el alma implacable. El aplastamiento del que ya no existe es pueril; la culpa no basta, necesito el peligro. Mi ira sólo es tenaz para con aquellos que tienen el arma en la mano y en los ojos la amenaza, y en mi desdén reposado y pensativo sumerjo los monstruos, si han muerto, ó si son pequeños. El rayo quiere un fin y se encuentra inútil sobre la hidra inanimada ó el reptil microscópico, y el negro justiciero, hiriendo en las cumbres, deja vivir al gusano y que se pudra la serpiente.

VI

LA ORGÍA DE LOS ASESINATOS

¡Ah, bien! Pongo los puntos sobre las íes; sea, en rigor admito la guerra; el asesinato nunca. Confesad

que sería extraño que me gustara la matanza en detalle, yo que la execro en conjunto, ó que, reprobándola en detalle, tuviese gusto por la sangre cuando sus olas hacen desbordar el sumidero.

Sí, los cadáveres están cubiertos por los escombros; pero la historia sabrá más tarde cosas sombrías. Quieres cubrir en vano, delantal del carnicero, la Saint-Barthélemy difícil de ocultar; las esponjas de las gentes arrodilladas son inútiles para lavar el torrente de los Cevennes, y de él rezuma siempre un largo arroyo de sangre.

Es por demás que el asesinato tome un aire inocente, pruebe lo que no es, niegue lo que se demuestra, explique sus razones, diga su pro y su contra:— Que, si no se pusiera á nadie fuera de la ley, Veullot estaría sin trabajo (*tâche*) y Carrier sin empleo (no olvidéis ese acento circunflejo, impresores), (1) que no es posible tener cuidado del sexo, de la edad, etcétera, porque se tiene mucha prisa, y la cal viva está hirviendo en el foso; que es un trabajo, después de todo, poco cómodo; que hay que desconfiar del pathos á la moda; que se os quisiera ver en el mismo caso, señores descontentos; que á partir de entonces hay orden para largo tiempo; que hay que extirparlo todo para que nada amenace.—El asesino puede jurar por sus grandes dioses, san Ignacio, Fouquier-Tinville, Hébert, de Maistre, Jaime II; es en vano que dibuje una sonrisa repugnante; él es el crimen, salido del pueblo ó de la biblia, y, hasta por las causas buenas, es horrible; que se llame Alba, Omar, Cromwell, Bellart, Marat, es siempre estúpido y siempre foragi-

(1) En francés, *tache* significa mancha moral y materialmente; y *tâche* significa tarea.

do; cualquiera que sea el partido que se revuelva en el error, ¡desgraciado del asesino, tanto por un bando como por otro! Encuentro á Atreo espantoso, hasta matando á Caín. Cualquiera que seas, tú que fuiste verdugo, esconde tu mano, sabe que no puedes sustraerte á esto, que un crimen siempre se comete en un hermano y que toda víctima es hermana del matador. Se distingue entre error y maldad; pero escoger entre los matadores, ver la nieve ó la arena tintos en sangre y pleitear por el tigre excusable, ¡nunca!; nunca tendremos para el homicida embrutecido aquel perdón que se parece á la complicidad.

¡Ah! ¡Cuántas Niobes, Ecubas y Electras! ¡Ay! Oigo hablar en voz baja á los espectros y hasta un sordo cuchicheo de los muertos llega vagamente á mi oído á través de la obscuridad. Yo que no soy más que un hombre que tiene por ley compadecer, luchar, no matar nada, no temer nada, que vencedor me arrodillo y vencido estoy en pie, tengo mi resolución de llegar al fin; siento en mí la fuerza enorme, la inocencia. No tener para ningún crimen ninguna complacencia, es mi ley. Digo, pues, á todos la verdad, ¡á tí, Rigault; á tí, Galifet! Probidad, sinceridad, deber, en esto está toda mi alma. Los matadores rojos tienen en la frente el signo infame; pero odio á los fratrícidas negros y á los asesinos blancos, por ser parecidos á los rojos. Soy el barrendero imparcial que pasa y arroja á los cuatro feroces vientos del espacio todo lo que mancha al hombre ó al pueblo, ó á la ley, al asesino de Duval, al asesino de Darboy, al error, sombrío punto de apoyo donde se apega el crimen, á Haynaa, Cissey, Jourdan corta-cabezas y su hacha, al cura y su misal, al raitre y su cimera! Por monstruoso que sea el montón que forme el estiércol, no retrocedo; me encuentro con Augias y yo tengo el humor de Hércules.

VII

VICTORIA DEL ORDEN

Sí, se han salvado el orden y el Estado, y creo que es por la quinta ó la sexta vez; el esteamer proveedor del presidio está en nuestras radas; durante ocho días se ha tropezado con cadáveres, fosas, moribundos; ya se ha acostumbrado uno; se ha hecho justicia muy pronto; se ha matado hombres, mujeres, niños, de todo, un revoltijo.

Ahora son forzados que comen de la tartera vestidos con trajes de la chusma, varios que eran los sepultureros de la tiranía y cuyo nombre célebre habíamos visto volar desde el Volga al Ebro, desde el Tajo al Niemen. ¡Victoria! No se han hecho las cosas á medias. Para salvar á la patria y delante del enemigo, París había tenido durante cinco meses el rumor inmenso de las selvas que el viento parece volver locas; se parecía al sombrío huracán libiano; ha sido menester hacerle callar un poco; está bien, ya estamos aliviados; porque es una pena una ciudad empeñada en libertar á Francia. Alemania nos dice á media voz: ¡Gracias! Los cafés se han vuelto á abrir, las iglesias también; la paz sangrienta sale de la guerra civil; tenemos el orden de más y aquella ciudad de menos. Hay quien hubiera querido tal vez menos muertos; pero ¿no es lo corriente que un caballo tenga demasiada espuma en el bocado cuando ha corrido mucho? La bomba no ve más claro que el trueno; en tan duros combates los golpes en falso están permitidos al Júpiter

ter de lo alto, lo mismo que á los Jupines (1) de abajo. En una palabra, estamos salvados. De todos los corazones sale este grito de entusiasmo y de felicidad: ¡Silencio! ¡Que nadie piense y que nadie hable más!

Es hora de que la mar ascendente tenga su reflujo y que el útil viento de la tumba desaliente á todas esas libertades que hacen un ruido de tormenta. Este siglo tiene demasiados relámpagos, rayos y truenos; bueno es, y así lo vemos al fin, que un puño salvador, salido de las tinieblas, le estreche; la sociedad quiere, la religión reina; en el derecho divino, en el *sylabus* es donde está la salud, pues el pueblo es casi un abuso. De ahí este gran éxito: la sombra en la fragua; ¡el 89 castigado de su 93!

VIII

En Bélgica (y ¡ay! tal vez también en otras partes) la justicia, el derecho, la ley, son un adorno; para el pueblo sale de ello un brazo armado de una espada; pero si pasa alguno de arriba, esto se quita; el juez es un marco, Temis es un cartón, la áspera y sombría magistratura es un carnero en carretilla, y el código es un aprisco; para hacer desvanecer la fantasmagoría basta el silbido bien dado que se oye en el teatro y también en los bosques.

Ejemplo: unos dandys ridículos salen con sus gorronas, oh Brillat-Savarin, de la bodega donde tú cenas, y, alegres cenadores, quieren con razón servir al

(1) Jupín, nombre con que se designaba irónicamente á Júpiter en el francés de la Edad media.